

Beatriz Suárez Briones, M^a Belén Martín
Lucas, M^a Jesús Fariña Busto (eds.)

Escribir en femenino

Poéticas y políticas

Icaria  Ακαδημεια
MUJERES Y CULTURAS



La Serie *Mujeres y Culturas*, dirigida por Àngels Carabí y Marta Segarra (*Centre Dona i literatura*, Universitat de Barcelona), aborda campos nuevos que responden a los cambios sociales y culturales de nuestro tiempo y pretende colaborar en la configuración del corpus teórico en lengua española con respecto a la crítica de género y los estudios culturales. La Serie se inició con los volúmenes *Feminismo y crítica literaria* y *Nuevas masculinidades*, publicados en octubre del 2000, seguidos de *Escribir en femenino* y *Piel que habla* (2001). El próximo es una antología crítica de estudios *queer*, que recoge las perspectivas más innovadoras en torno al tema de la homosexualidad.

901.95
E72a

BEATRIZ SUÁREZ BRIONES,
M^a BELÉN MARTÍN LUCAS
y M^a JESÚS FARIÑAS BUSTO (eds.)

ESCRIBIR EN FEMENINO

POÉTICAS Y POLÍTICAS

616513 07103-25-2001

Icaria  Ακαδημεια
MUJERES Y CULTURAS

ÍNDICE

Escribir en femenino

Introducción. *Beatriz Suárez Briones, M^a Belén Martín Lucas y M^a Jesús Fariña Busto* 9

FEMINISMOS

- I. La *segunda ola* feminista: Teorías y críticas literarias feministas, *Beatriz Suárez Briones* 25
- II. La e/vocación de la f(r)ase maternal: Kristeva, Cixous e Irigaray, *Elizabeth Russell* 39
- III. La palabra de las mujeres en la literatura francesa, *Nieves Ibeas Vuelta* 53
- IV. Feminismo y poscolonialismo: Estrategias de subversión, *Isabel Carrera Suárez* 73
- V. Cartografía lesbiana: Una travesía, *Noni Benegas* 85

Diseño de la colección: Laia Olivares

© Beatriz Suárez Briones, M^a Belén Martín Lucas, M^a Jesús Fariña Busto, Elizabeth Russell, Nieves Ibeas Vuelta, Isabel Carrera Suárez, Noni Benegas, María Xosé Queizán, Pilar Cuder Domínguez, Ana María Bringas López, A. Lemsine, Luisa Futoransky, Zulema Moret, Ana María Spitzmesser

© de esta edición:

Icaria editorial, s. a.

Ausiàs Marc, 16, 3r. 2a. / 08010 Barcelona

ISBN 84-7426-507-X

Depósito legal B-52.237-2000

Composició Grafolet, S. L.

Aragón, 127, 4º 1ª - 08015 Barcelona

Impreso por Romanyà/Valls, s. a.

Verdaguer, 1 - Capellades (Barcelona)

Impreso en España. Prohibida la reproducción total o parcial.

- VI. Parir o pensamiento,
María Xosé Queizán 103

FEMINISMOS DE LA DIFERENCIA

- I. Entre la solidaridad y la diferencia: Narradoras norteamericanas de hoy,
Pilar Cuder Domínguez 123
- II. Colonialismo y patriarcado en la literatura de autoras anglófonas de África y el Caribe,
Ana María Bringas López 141
- III. Mujer y nación: Construcción de las identidades,
M^a Belén Martín Lucas 163
- IV. La narrativa contemporánea de autoras austríacas y alemanas: Tendencias y nuevas perspectivas,
Margarita Blanco Hölscher 179

ESCRIBIR EN FEMENINO

- I. La literatura, entre pensamiento y acción (Experiencia de una escritora argelina),
Aicha Lemsine 199
- II. La melancolía de las panteras negras,
Luisa Futoransky 207
- III. Esos cuerpos escritos con sangre: Del horror y lo abyecto en Gambaro, Álvarez, Eltit, Silvestre y Mendieta,
Zulema Moret 213

- IV. *Condición de mujer*. Las políticas del género en la obra poética de Cristina Peri Rossi,
María Jesús Fariña Busto 235

- V. Feminismo y novela: Reflexiones para una experiencia común,
Ana María Spitzmesser 249

I. LA SEGUNDA OLA FEMINISTA: TEORÍAS Y CRÍTICAS LITERARIAS FEMINISTAS

Beatriz Suárez Briones*

Tal vez la característica más llamativa de la crítica literaria feminista sea su negativa a constituirse en un discurso que responda a una concepción *autometabólica* de la crítica literaria; muy al contrario, las teorías y métodos feministas se nutren de la problemática siempre más amplia que se desarrolla en el nivel de la práctica social. Iris Zavala define la teoría feminista como «un programa de percepción y de interpretación encaminado a modificar la realidad social al modificar la representación que hacen los agentes» (1993, p. 55). Modificación y representación son, respectivamente, la política y la temática centrales para la crítica literaria feminista, aunque más que de modificación se trate de un radical¹ giro epistemológico, que se lleva a cabo a través de prácticas feministas, «ways of understanding social and cultural practices which throw light on how gender power relations are constituted, reproduced and contested» (Weedon, 1987, p. vii). Y es que la crítica feminista es ante todo una práctica política democratizadora que se mueve en una doble dirección, deconstruir el androcentrismo que está en la raíz de todas las prácticas sociales y culturales y reconstruir la perspectiva de las mujeres, las grandes ausentes (aunque habría que decir ausentadas) de la cultura.

Para Sandra Gilbert, una de las más significadas críticas feministas norteamericanas, la meta más ambiciosa de la crítica literaria feminista

* Universidad de Vigo.

1. Y aquí entiéndase «radical» no sólo en el sentido de aquello que es «fundamental y de raíz» sino, además, en su acepción de lo que es «partidario de reformas extremas, especialmente en el sentido democrático» (DRAE).

puede resumirse en «to decode and demystify all the disguised questions and answers that have always shadowed the connections between textuality and sexuality, genre and gender, psychosexual identity and cultural authority» (Gilbert, 1980, p. 36). Deconstruir y reconstruir, decodificar y desmistificar; en una palabra, subvertir. Y es que el feminismo es una teoría y una praxis revolucionarias, que pretende la subversión del patriarcado a través de prácticas que ponen en evidencia que la ideología de género constituye una categoría universal de construcción de la experiencia y que todas las prácticas sociales están mediadas por la ideología de género.

La ideología de género se inscribe en el discurso y, como señala Michelle Barret (1980 y 1985), es producida y reproducida en las prácticas culturales. «La cultura (los textos literarios en nuestro caso) —nos recuerda Iris Zavala— transmite valores y valoraciones, y está en constante producción de otredad» (1993, p. 28). La literatura es una práctica discursiva que no sólo reproduce sino que produce ideología de varias maneras, siendo las más sutiles la utilización de convenciones —empezando por el mismísimo lenguaje— que son ideológicamente cómplices con el sistema que se pretende subvertir; al utilizarlas, incluso aunque sea de un modo subversivo y crítico, también se las reinscribe y, al hacerlo, se las refuerza, por lo que, paradójicamente, subversión y refuerzo se complementan. (Greene y Kahn, 1985 y 1991)

La crítica literaria feminista presta, pues, atención a la connivencia entre literatura e ideología patriarcal, centrándose especialmente en las formas en que esa ideología se codifica en el hacer(se) de los textos literarios, en los mecanismos de funcionamiento de la literatura, en el estilo, las convenciones, los géneros y en las instituciones de producción y consumo literarios. Y cuando las investigadoras feministas denuncian la *ideología sexista* que informa la totalidad de las prácticas sociales, debemos entender el término ideología en el sentido marxista de:

Percepción distorsionada de la realidad en función de unos intereses de clase, concepción que puede ser ampliada a cualquier deformación específica de la visión y valoración de los hechos condicionados por la necesidad de un determinado sistema de dominación. (Amorós, 1985, p. 22)

Para las feministas, los intereses que salvaguarda la ideología sexista no son de clase —el patriarcado se manifiesta a estos efectos como un sistema transclasista— sino de género; y el sistema de dominación que instituye y defiende la ideología sexista es el patriarcado.

La literatura ha servido no sólo como creadora sino también como apuntaladora y prestigiadora de los mitos de la cultura dominante. Y en ocasiones también los ha desafiado; sin embargo, incluso cuando la literatura es potencialmente subversiva, se la ha hecho funcionar como parte de una tradición literaria —en la que cada texto privilegiado y varón es paradigma de eso que se ha dado en llamar «gran literatura»— que refuerza la ideología dominante y margina a las mujeres. La crítica literaria feminista ha denunciado que la tradición literaria consolida imágenes de personajes y comportamientos que incitan a las mujeres a aceptar su subordinación, bien sea ensalzándolas por actitudes que la cultura patriarcal ha acuñado y potenciado como típicamente «femeninas», tales como la sumisión, la pasividad y la domesticidad, bien sea silenciándolas o degradándolas —la literatura misógina de todos los tiempos es una gran especialista en la degradación sistemática de las mujeres—. Además, la historia literaria ha canonizado como «grandes» ciertos textos de los que se dice que representan «valores universales», «verdades humanas universales» (o «el espíritu humano» y «el alma humana») y que, sin embargo, sólo pueden ser considerados como tales por su sintonía con la ideología dominante. Los criterios que han creado el canon literario excluyen los logros no sólo de las mujeres sino también de gentes de otras razas, clases u opciones sexuales distintas a la dominante; el canon es masculino, blanco, burgués, heterosexual y occidental.

La crítica literaria feminista se cuestiona el canon, estudia la ideología que lo informa y los intereses a los que sirve. Atiende a parcialidad y a las fisuras, a las omisiones y las contradicciones que enmascara la ideología patriarcal. Escucha y hace significativos los silencios. Y para ello se embarca en la lectura revisionista de la herencia literaria; propugna la necesidad imperiosa de lo que Sandra Gilbert denominó «a revisionary imperative», el imperativo revisionista, «The impulse to revise our understanding of Western literary history and culture», (Gilbert, 1980, p. 36) y Elaine Showalter definió como «a complete and cataclysmic change in all our ideas of literary history and literary meaning» (Showalter, 1989, p. 10).

La crítica feminista exige algo más que la simple inclusión de las mujeres escritoras, como si de meros apéndices se tratase, en la historia literaria existente. Porque la inclusión de las mujeres en la historia hace surgir preguntas que reestructuran el conjunto de las disciplinas. No es sólo que se restituya lo silenciado: la lectura de las mujeres escritoras altera necesariamente los estándares sobre la valía literaria, obliga a la redefinición de los períodos literarios y rehace el canon. Porque, ¿qué cambios se producirán cuando la literatura de las mujeres sea no sólo «añadida» sino «naturalizada» en las distintas tradiciones literarias nacionales? Quien

esto escribe no tiene el don del vaticinio, pero se atreve a afirmar tajantemente que tales cambios crearán una nueva historia literaria, lo cual constituye ya un acto de transgresión extraordinario. Pero es que hay aún más, porque la historia literaria que se pretende desde el feminismo

afirmará no sólo la producción cultural de las mujeres, sino la prioridad de la interpretación crítica de los textos literarios desde el margen y la *diferencia*, como actividad desmitificadora y descentralizadora que aspira a reconocer el conflicto de discursos (y proyectos de futuro) de los textos culturales. (Zavala, 1993, p. 35)

Algunas críticas literarias feministas están interesadas por las lecturas revisionistas del canon literario; otras, por la recuperación de autoras olvidadas y el establecimiento de un canon alternativo. Estas dos direcciones se corresponden con los también duales intereses del feminismo en otras áreas, que pueden resumirse en, por un lado, la revisión de los paradigmas tradicionales y, por otro, la restauración de la perspectiva femenina —«crítica feminista» y «ginocrítica» respectivamente, según Showalter (1985)—; la primera es anterior en el tiempo y coincide con la crítica que el feminismo ha venido haciendo a la cultura en el sentido de poner de relieve las formas en que las convenciones sexuales operan a favor del grupo dominante, el de los hombres, y cómo las reglas de construcción y uso de los estereotipos de «feminidad» y «masculinidad» sirven a los intereses de ese grupo. Se trata, aquí, de aprender a resistir los procesos de ideologización desarrollados por el texto, de *generar* lecturas que oponen resistencia, lecturas resistentes, de ser lectoras resistentes. Quizá la consecuencia más clara de esta primera oleada de estudios críticos ha sido el cambio de sensibilidad perceptible en los ambientes críticos más avanzados, hasta entonces acorazados hacia el sexismo evidente en tanta literatura y su exégesis. Es de esperar que, a medida que la crítica literaria feminista vaya calando en los ambientes menos y en los más esclerotizados de la recepción literaria, en *todos* los ambientes, se producirá una reevaluación radical de los criterios estéticos y una drástica revisión de los viejos y nuevos maestros (tanto escritores como críticos literarios).

Paralelamente, una segunda corriente de crítica literaria feminista se iba desarrollando a la par de otros análisis de la cultura patriarcal; su interés se volvía ahora hacia la mujer escritora y a la escritura como modo de resistencia. Paulatinamente fue haciéndose más y más evidente el hecho de que las mujeres escritoras tenían una literatura propia cuya importancia histórica se había obliterado o minusvalorado por costumbre, cuando no por principios. El interés por la escritura de mujeres llevó a una masiva

recuperación y relectura de la literatura escrita por mujeres en todas las épocas y en casi todos los países de Occidente. El interés feminista ocasionó una verdadera convulsión en el marasmo conservador de la academia, y también un importante auge editorial,² al sacarse a la luz multitud de escritoras olvidadas, al editarse biografías,³ epistolarios y diarios de creadoras. Todo ello ha permitido constatar la existencia de una poderosa tradición literaria de mujeres, «*apart but hardly subordinate to the mainstream: an undercurrent, rapid and powerful*» (Moers, 1963, p. 42). Por supuesto, el descubrimiento de las relaciones entre autoría individual y tradición literaria femenina o, lo que es lo mismo, el descubrimiento de que la escritora no fue un jalón solitario, un hito aislado, sino que existió una tradición de literatura de mujeres, tuvo como consecuencia lógica un nuevo centro de preocupación: el de la teorización de la existencia de una estética de mujeres, debate que ha probado ser uno de los de más continua controversia.

Ambas direcciones, sin embargo, tienen en común su interés por la literatura como *médium* mimético de la realidad. En esta primera época, la crítica literaria feminista se centró en el estudio de la *representación*, en las imágenes de las mujeres en la literatura de hombres o de mujeres. Las denigrantes y malintencionadas imágenes de las mujeres promovidas por la literatura androcéntrica debían ser sustituidas por imágenes que sirvieran de modelo a las mujeres; la ficción debía ofrecer personajes femeninos en los que las mujeres «reales» se sintiesen reconfortadas, sostenidas; mujeres modélicas desde un punto de vista feminista. La literatura debía ofrecer una realidad reconstituida y su personaje debía ser la mujer nueva; esto, al menos, defendieron las teóricas de la llamada *crítica prescriptiva*.

El supuesto de que la experiencia de las mujeres es directamente aprehensible en los textos de las escritoras y que cuanto más «auténtica» sea esta experiencia mejor y más valioso será el texto (según propugna la crítica prescriptiva) ha ido devaluándose con relativa rapidez. Las cuestiones de mimesis, implícitas en tantas críticas feministas norteamericanas en este período, suponen que texto y lenguaje son medios transparentes que reflejan directamente una realidad objetiva y preexistente, en lugar de sistemas significantes, que no sólo reflejan, sino que crean y transmiten ideología. *Representación* y *construcción* son dos cuestiones íntimamente imbricadas.

2. Con la creación de editorial es especializadas o la apertura de líneas editoriales específicas en editoriales ya consolidadas. En España sirven de ejemplo las editoriales Horas y Horas o Egales, y las colecciones de feminismo en editoriales como Anthropos, Cátedra, Icaria y Castalia.

3. Buen ejemplo de ello es la colección «Biografía» de Circe.

El privilegio que los hombres se han atribuido en el desempeño de ambas actividades los ha hecho dueños históricos de los sistemas de representación y les ha dado el poder sobre esas dos actividades: la de construir el mundo y la de representarlo. ¿Cómo representar, entonces, la experiencia de las mujeres? Las respuestas a esta pregunta no dejan de ser problemáticas. Los debates acerca de la representación y de la experiencia reflejan la tensión general en toda investigación feminista entre lo que, en términos de política feminista, se conoce como la oposición entre *feminismo de la diferencia* y *feminismo de la igualdad*.

Otro de los centros permanentes de conflicto para las feministas es el de la relación de la teoría feminista con las tradiciones intelectuales dominantes: ¿se las debe aceptar o descartar, se debe ir a la confrontación o a la apropiación revisionista? Aquí también, como en tantas otras cuestiones polémicas, la teoría literaria feminista se bifurca en dos líneas de investigación y dos maneras de compromiso opuestas. Una ve como una prioridad el compromiso con los sistemas intelectuales dominantes porque una actitud segregacionista significaría el autoconfinamiento de las críticas feministas en el enclave de los Estudios de la Mujer. La segunda, por el contrario, apunta que «sólo en programas autónomos pueden los Estudios de la Mujer continuar su evolución hacia un estatus disciplinar y cumplir por completo su promesa intelectual y política» (Kauffman, 1989, p. 63).

Sostengo la opinión de Messer-Davidow (1989) cuando señala a éste como uno de los problemas de la teoría feminista, que, trasladado a los estudios literarios, se plantea entre las críticas que creen útil —o inevitable— el préstamo de las escuelas críticas tradicionales (estructuralista, marxista, psicoanalítica, deconstructiva, hermenéutica, semiótica, etc.), de las que se tomarían los instrumentos que fueran necesarios y cuando lo fueran, rechazando el sesgo sexista de tales doctrinas en un continuo «playful pluralism» (Kolodny, 1985), y entre aquellas que, desde posiciones opuestas, creen que el pensamiento y la escritura están tan infectadas por la ideología patriarcal que las mujeres sólo podrán encontrar una expresión propia a través de un nuevo biolenguaje,⁴ con el que intentar:

To dismantle the messages of the dominant «phallogocentric» discourses and to «embody» female identity in a language that originates in womblike darkness, flows from its creator like her body fluids, and diffuses rhythmically like her multiplicitous sexual pleasure. (Messer-Davidow, 1989, p. 68)

4. La *escritura femenina*, esa que las feministas francesas teorizaron como *écriture féminine*, y las angloamericanas como *writing the body*.

Al considerar cuestiones epistemológicas, la «objetividad» y la «subjetividad», al considerar el propio lenguaje, la crítica feminista debe prestar atención a las implicaciones radicales de la lingüística postsaussureana que, al poner en evidencia al lenguaje como sistema signifiante, cuestiona implícitamente la «metafísica de la presencia» que ha dominado toda la filosofía occidental; la crítica posestructuralista, además, al liberar a los textos de la (autoritaria) presencia autorial, los liberó también de las constricciones de una lectura única y unívoca, haciéndolos accesible para la producción de lecturas y de significados, haciéndolos plurales, contradictorios y fluidos, móviles y capaces de cambio; haciéndolos, en definitiva, no entidades fijadas sino en proceso.

Desde este punto de vista, lo importante no es si el texto ha sido escrito o no por una mujer, si refleja la experiencia vital de las mujeres o cómo se relaciona con otros textos escritos por mujeres, sino la forma en que el texto funciona como proceso signifiante creador o sustentador de ideología. El feminismo francés, que se nutre de la deconstrucción derrideana y del psicoanálisis lacaniano, representa un reto radical a los supuestos humanistas y empiristas. La crítica literaria feminista más radical ha sido informada por el pensamiento estructuralista y posestructuralista francés. Seguir pensando en términos de oposición binaria,⁵ aunque ahora se invierta desde el feminismo la valoración que se ha puesto en cada uno de los pares contrarios, significa, para las feministas deconstructivas y lacanianas, sólo reduplicar el sistema inicial. Se pretende, desde estos presupuestos, exponer y dismantelar una epistemología basada en la construcción de un sujeto soberano —el hombre— que se erige como parte en la creación de las oposiciones jerárquicas que privilegian y refuerzan su posición.

Entre los muchos ataques a los que ha sido sometida la teoría feminista, también ha sido criticada por su falta de homogeneidad como doctrina, o por su aparente incapacidad para fijar un *corpus* teórico único e inamovible. Y, sin embargo, la heterogeneidad y la diferencia son actividades consecuentes de las críticas feministas, ya que, como señala Judith Fetterley: «Feminist criticism is a growing, changing, constantly self-transforming phenomenon characterized by a resistance to codification and a refusal to be rigidly defined or to have its parameters prematurely set» (1978, pp. vii-viii). De hecho, para algunas feministas radicales la metodología, en sí

5. Algunas de ellas han sido lúcidamente desentrañadas por Hélène Cixous: Actividad/Pasividad, Sol/Luna, Cultura/Naturaleza, Día/Noche, Padre/Madre, Cabeza/Corazón, Inteligible/Palpable, Forma/Materia, Naturaleza/Historia, Naturaleza/Arte, Naturaleza/Mente, Pasión/Acción, Superior/Inferior, Amo/Esclavo.

misma, es un instrumento intelectual opresor del patriarcado, una tiránica *metodolatría* que pone límites implícitos a lo que puede ser cuestionado y discutido. Feministas radicales como Mary Daly (1973) y Adrienne Rich (1979) han criticado el narcisismo de la razón masculina y celebrado la exclusión de las mujeres de la metodolatría patriarcal. Para las feministas radicales, la crítica feminista debe concebirse como un acto de resistencia a la teoría, a la que oponente sistemáticamente la subjetividad y la autoridad de la experiencia.

Lo que también diferencia a la crítica literaria feminista de otras escuelas críticas contemporáneas es su carácter antiautoritario, la inexistencia de una Prístina Madre cuyos textos son objeto de veneración, o de un único sistema de pensamiento que funciona como fuente privilegiada de conocimiento; por el contrario, las ideas que han echado a andar a la teoría literaria feminista se han desarrollado a partir de varios frentes de investigación y acción feministas: en primer lugar, de la propia lectura en cantidad y en profundidad de literatura de mujeres y, en segundo lugar, del propio avance de la teoría feminista y de la teoría literaria. Insisto en que el feminismo debe considerarse como una indagación multidisciplinar, como un sistema abierto y en continuada y dinámica relación dialéctica con otras corrientes críticas contemporáneas.

• Durante la década de los setenta llegó también la mayoría de edad de una generación de críticas lesbianas que habían «salido del armario» dentro del movimiento de mujeres y a las que ya no les parecía *políticamente correcto* seguir jugando la baza de la invisibilidad; así, una de sus primeras batallas y éxitos fue el que en las universidades norteamericanas se comenzaran a establecer cursos en literatura lesbiana, redes y grupos de apoyo. La serie de ideas —independientemente de las posturas de las diversas críticas— que está en la base de la crítica lesbiana es la de que

a woman's identity is not defined only by her relation to a male world and male literary tradition (...), that powerful bonds between women are a crucial factor in women's lives, and that the sexual and emotional orientation of a woman profoundly affects her consciousness and thus her creativity. (Zimmerman, 1981, p. 178)

Muchas críticas lesbianas han estado muy influidas por la política del separatismo, que considera la heterosexualidad como *institución política* más que como opción personal. La crítica lesbiana alega, consecuentemente, que el lesbianismo constituye en sí mismo una posición privilegiada para el análisis y la crítica de la cultura, el lenguaje y la política del patriarcado, uno de cuyos instrumentos de poder más efectivos es el

heterosexismo.⁶ Estas primeras críticas lesbianas denunciaron la cultura como una práctica heterosexista, pero también el heterosexismo presente en la obra investigadora de las críticas feministas (que se manifestó, por ejemplo, en la exclusión de escritoras lesbianas de las antologías feministas o en el silenciamiento del lesbianismo de determinadas escritoras), servil a los intereses del patriarcado en su intento de obliteración de la existencia lesbiana.

La crítica lesbiana comienza con el establecimiento de una tradición de escritura y escritoras lesbianas; y aquí cobra especial importancia el considerar que las lesbianas se han visto sometidas a una doble marginación sexual: como mujeres y como lesbianas; la arqueología de la escritura lesbiana ha de tener muy en cuenta que en una sociedad misógina y homofóbica las escritoras lesbianas han tenido que codificar en un lenguaje oblicuo sus mensajes o recurrir a la autocensura; de nuevo nos encontramos con el tema de la necesidad de una tradición y de modelos: las críticas lesbianas celebran su identidad «nombrando nombres», creando un sentimiento de tradición y continuidad histórica, de comunidad y orgullo identitario al dar a conocer que «grandes mujeres» de todos los tiempos fueron y son lesbianas.

Muy frecuentemente las escritoras lesbianas, por su posición marginal en el patriarcado, han sido más conscientes que nadie de estar hablando la lengua del enemigo y de la necesidad de que las mujeres se coloquen en posiciones ginocéntricas, y han buscado una lengua propia con la que producir una literatura propia, han convertido el lenguaje y la literatura en una especie de laboratorio en el que explorar las posibilidades de un lenguaje y una estética lesbianas, en el que decir e imaginar una existencia y experiencia lesbianas; en este sentido va, por ejemplo, el intento de creación de escritura lesbiana por parte de Monique Wittig, que pretende situar la palabra lesbiana fuera del universo lingüístico masculino.⁷

Muchos de los temas que se le plantean a la crítica lesbiana —el canon, la creación de una posición crítica no sexista, no racista y no clasista, *generar* nuevas lecturas de textos tradicionales y explorar nuevas metodologías que nos permitan leer la realidad desde perspectivas

6. Que la misma Zimmermann define así: «the set of values and structures that assumes heterosexuality to be the only natural form of sexual and emotional expression, 'the perceptual screen provided by our [patriarchal] cultural conditioning'» (Zimmerman, 1981, p. 179).

7. Una buena parte de la obra de Monique Wittig ha sido traducida al castellano: *El Opoponax* (Seix Barral, 1966), *Las guerrilleras* (Seix Barral), *El cuerpo lesbiano* (Pretextos, 1977) y *Borrador para un diccionario de las amantes*, obra conjunta de Wittig y Sande Zeig (Lumen, 1981).

diferentes— son de interés para todas las críticas feministas; por ello una de las primeras críticas lesbianas, Bonnie Zimmermann, afirmaba ciertamente que, dado que el feminismo:

Concerns itself with the removal of limitations and impediments in the way of female imagination, and lesbian criticism helps to expand our notions of what is *possible* for women, then all women would grow by adopting for themselves a lesbian vision. (Zimmerman, 1981, p. 203)

• Del mismo modo, las críticas negras han denunciado el racismo consciente o inconsciente de las primeras críticas feministas, semejante en sus prácticas al sexismo que los críticos varones habían ejercido sobre la escritura de las mujeres: maljuzgar, incomprender, ignorar, establecer juicios excluyentes al forjar cánones y normas que borran la *diferencia*. Deborah McDowell resumió así la acusaciones a las críticas feministas blancas: «Seeing the experiences of white women, particularly white middle-class women, as normative, white female scholars proceeded blindly to exclude the work of Black women writers from literary anthologies and critical studies». (1980, p. 186)

Las escritoras negras padecieron también una doble marginación: por su sexo (por ser *mujeres* escritoras eran excluidas de los estudios de la literatura afroamericana por los críticos negros) y por su raza (por ser *negras* habían sido no vistas por las críticas literarias feministas, que se habían ocupado en teorizar sobre una escritura femenina o una imaginación de mujeres... *blancas*), marginación que todavía se extrema en el caso de las escritoras negras y lesbianas. Fue precisamente el reconocimiento de esta doble o triple exclusión la que dio origen a la crítica feminista de las mujeres negras y del Tercer Mundo. Es evidente el paralelo que se puede establecer entre las críticas lesbiana y negra: también la crítica feminista negra tuvo que luchar en primer término por romper la invisibilidad que asedia a la mujer negra;⁸ luchar, por tanto, por recuperar una tradición de escritura perdida, por desenterrar la obra y la vida de las escritoras negras olvidadas, y por construir un marco adecuado de recepción de la escritura negra y mujer. El paralelismo entre la crítica negra y lesbiana deriva precisamente de su situación marginal con respecto a las corrientes críticas

8. Dice Barbara Smith: «Black women's existence, experience and culture and the brutally complex systems of oppression which shape these are in the «real world» of white and/or male consciousness beneath consideration, invisible, unknown» (1977, p. 168);

mayoritarias (incluida la crítica literaria feminista), que ha llevado a ambas disciplinas a recorrer caminos semejantes: la búsqueda de una tradición perdida, la reconstrucción de una tradición literaria propia, la erradicación de los estereotipos sobre las mujeres negras y las lesbianas y la investigación sobre los estereotipos que se han construido desde fuera y desde dentro de la literatura alrededor de estas existencias. Por otro lado, la actividad desarrollada por las pioneras críticas negras y lesbianas tenía la misma finalidad que la desarrollada por las pioneras (blancas) de la crítica feminista: romper el silencio y la invisibilidad, preparar bibliografías, investigar biografías, y comenzar a delinear la existencia de una estética distintiva lesbiana y negra.⁹

Tanto las críticas lesbianas como las negras son conscientes de la dimensión política de su investigación y de las conexiones entre vida, obra y situación política de las mujeres. Afirma Maggie Humm que:

Lesbianism and Black studies provide prisms through which we can question white heterosexual academia about its literary categories, about the meaning of its literary categories, about the meaning of its literary techniques and, in particular, about the meaning of the institution of literature itself in its relation to women. (1986, p. 120)

En definitiva, es imposible obviar el hecho de que las obras literarias son tipos de discursos particularmente ricos y complejos en las que se funden los lenguajes, las ideologías de clase, sexualidad, raza y género.¹⁰

La crítica feminista ha sufrido también a lo largo de su historia muchos de los avatares y evoluciones propias de la tradición de la escritura de las mujeres; aquí —en el ámbito de la crítica literaria— también se ha buscado una voz propia, una perspectiva, un punto de vista y un quehacer distinto al que ha venido caracterizando a una disciplina como la crítica

9. Véase, por ejemplo: Hull, Gloria T., Scott, Patricia Bell y Smith, Barbara (eds.): *All the Women are White, All the Blacks are Men, but Some of Us are Brave: Black Women's Studies*, Old Westbury, NY, Feminist Press, 1982; Moraga, Cherríe y Andazúa, Gloria (eds): *This Bridge Called My Back: Writings by Radical Women of Colour*, Watertown, Mass., Persephone Press, 1981; J.R. Roberts: *Black Lesbians: An Annotated Bibliography*, Tallahassee, Florida, The Naiad Press, 1981; Barbara Greir, *The Lesbian in Literature: A Bibliography*; Lillian Faderman, *Surpassing the Love of Men: Romantic Friendship and Love Between Women from the Renaissance to the Present*, London, The Women's Press, 1985; Jane Rule, *Lesbian Images*, NY, The Crossing Press, 1982

10. A las que podemos y debemos, obviamente, añadir, en una especie de caída en abismo que puede dar vértigo, todos los otros constituyentes de la diferencia: sistema ideológico o de creencias consciente, edad, grupo étnico, religión, y etc.

literaria, tan dominada por los hombres. Característica de las primeras fases ha sido la resistencia a considerar ajenas y sin conexión literatura y experiencia vital, lo cual se manifestó formalmente en un modo de crítica autobiográfica o incluso abiertamente confesional, algo que chocaba violentamente contra los estándares de impersonalidad de la mayor parte de la escritura crítica. Pero ha sido uno de los axiomas fundamentales del movimiento feminista el de que *lo personal es político*. Por supuesto, el hecho de que las mujeres hayamos padecido una alienación histórica de los centros de poder no se ha manifestado exclusivamente en lo personal ni en la política, también —y hasta muy recientemente— ha sido una alienación educativa, cultural y económica. Es precisamente esta ubicua alienación de las mujeres que necesita el «imperativo revisionista» reclamado por Sandra Gilbert. Y *revisar* quiere decir examinar los arcanos de la historia cultural¹¹ de las sociedades, sus libros sagrados, para dar cuenta que de ellos algo ha sido sistemáticamente borrado, algo que en el patriarcado ha tenido estatuto de bagatela: la vida, la producción y la experiencia de una mitad de la población. Así pues, las mujeres debemos «rehacer» nuestra historia, lo cual quiere decir, en palabras de Gilbert, que «we must review, reimagine, rethink, rewrite, revise, and reinterpret the events and documents that constitute it» (1980, p. 33). Una tarea que diferencia de manera trascendental a la crítica feminista de otras escuelas críticas es, precisamente, su interés en sacar a la luz el hecho incuestionable y, sin embargo, incuestionado, de que todas las estrategias interpretativas «are learned, historically determined, and thereby necessarily gender-inflicted» (Kolodny, 1980, p. 46). Y cualesquiera que sean los intereses concretos y puntuales en la investigación individual de las críticas literarias feministas, todas y cada una de ellas está informada por la categoría del género.

Ha sido ya indicado que la construcción del género se lleva a cabo a través de la acción de la ideología, y que la ideología es, en definición de Gayle Greene y Coppélia Kahn citando a Althusser, «that system of beliefs and assumptions—unconscious, unexamined, invisible—which represents 'the imaginary relationships of individuals to their real conditions of existence'» (1985, p. 3), además de un sistema de prácticas que informa cada aspecto de la vida cotidiana. Y, siempre según estas críticas, aunque la ideología se origina en condiciones culturales particulares, *autoriza* sus

11. Utilizo aquí «cultural» en el sentido no restringido del término *cultura*, como «conjunto de modos de vida y costumbres, conocimientos y grado de desarrollo artístico, científico, industrial, en una época o grupo social, etc.» (*Diccionario de la Lengua Española* de la RAE).

valores, sistemas de creencias y prácticas como algo «universal» y «natural». El sexismo está en el origen de una organización social discriminatoria y de todos sus producciones. La construcción del género en las sociedades patriarcales sirve a los intereses de la supremacía del varón. Por tanto, en ningún momento debe olvidarse que la crítica feminista no sólo surge sino que es indisoluble de la lucha del movimiento feminista por la liberación de las mujeres y, en consecuencia, no busca sólo interpretar el mundo sino, y fundamentalmente, cambiarlo. La crítica feminista no es una interpretación más del mundo: vaciarla de su contenido político es pretender domesticar su carácter profundamente revolucionario que pretende el cambio radical de la sociedad.

Bibliografía

- AMORÓS, C., BENERÍA, L., DELPHY, C., ROSE, H. y STOLCKE, V., *Mujeres: ciencia y práctica política*, Madrid, Seminario de la Universidad Complutense, 1985.
- BARRETT, M., *Women's Oppression Today: Problems in Marxist Feminist Analysis*, London, Verso, 1980.
- «Ideology and the Cultural Production of Gender», en Newton y Rosenfelt (eds.), pp. 65-85, 1985.
- CAMERON, D. (ed.), *The Feminist Critique of Language*, London & New York, Routledge, 1990.
- DALY, M., *Beyond God the Father*, London, The Women's Press, 1991.
- DÍAZ-DIOCARETZ, M. y ZAVALA, I. (eds.), *Breve historia feminista de la literatura española (en lengua no castellana). I. Teoría feminista: discursos y diferencia*, Barcelona, Anthropos, 1993.
- FETTERLEY, J., *The Resisting Reader*, Bloomington, Indiana University Press, 1978.
- GILBERT, S., «What Do Feminist Critics Want? Or a Post Card from the Volcano», en SHOWALTER (ed.), pp. 29-45, 1986.
- GREENE, G. y KAHN, C. (eds.), *Making a Difference: Feminist Literary Criticism*, London & New York, Routledge, 1991.
- HUMM, M., *Feminist Criticism*, London, Harvester, 1986.
- KAUFFMAN, L. (ed.), *Gender & Theory. Dialogues on Feminist Criticism*, London & New York, Blackwell, 1989.
- KOLODNY, A., «Dancing Through the Minefield: Some Observations on the Theory, Practice, and Politics of a Feminist Literary Criticism», en Showalter (ed.), pp. 144-167, 1986.
- MCDOWELL, D. E., «New Directions for Black Feminist Criticism», en Showalter (ed.), pp. 186-199, 1986.

- MESSER-DAVIDOW, E., «The Philosophical Bases of Feminist Literary Criticisms», en Kauffman (ed.), pp. 63-102, 1989.
- MOERS, E., *Literary Women*, London, The Women's Press, 1986.
- RICH, A., *On Lies, Secrets and Silence. Selected Prose 1996-1978*, London, Virago, 1984.
- SHOWALTER, E., *Speaking of Gender*, London & New York, Routledge, 1989.
- «The Feminist Critical Revolution», en Showalter (ed.), *The New Feminist Criticism*, London, Virago, pp. 3-17, 1992.
- SMITH, B., «Toward a Black Feminist Criticism», en Showalter (ed.), pp. 168-187, 1986.
- WEEDON, C., *Feminist Practice and Poststructuralist Theory*, Oxford, Blackwell, 1987.
- ZAVALA, I. M., «Las formas y funciones de una teoría crítica feminista. Feminismo dialógico», en Díaz-Diocaretz y Zavala (coords.), 1993.
- ZIMMERMAN, B., «What Has Never Been: An Overview of Lesbian Feminist Criticism», en Gayle Greene y Coppélia Kahn (eds.), pp. 177-210, 1991.

II. LA E/VOCACIÓN DE LA F(R)ASE MATERNAL: KRISTEVA, CIXOUS E IRIGARAY

Elizabeth Russell*

Cuando nació, la madre cogió en brazos a su recién nacido: empezó entonces a lamerle por todo el cuerpo. El bebé lloriqueó un poco, pero mientras la lengua de la madre se movió con más rapidez y más fuerza, el bebé se quedó quieto —la madre le giró por este lado y por el otro bajo su lengua, hasta que le había lamido completamente, limpio de la sustancia blanca y cremosa que le cubría el cuerpo. La madre entonces puso sus dedos dentro de la boca de su bebé —suavemente forzando una apertura; toca con su lengua la lengua de su bebé, y sosteniendo la boquita abierta, sopla en ella— con fuerza, soplabla palabras—sus palabras, las palabras de su madre, las de la madre de su madre, y de todas las madres anteriores— dentro de la boca de su hija. Marlene Nourbese Philip, «Discurso sobre la lógica del lenguaje» (traducción mía).

En su obra *She Tries Her Tongue*, la canadiense de origen caribeña Marlene Nourbese Philip deconstruye las tradiciones de la poesía, explorando las relaciones entre poesía/narrativa; lengua materna/lengua paterna; el inglés del colonizador/el lenguaje del cuerpo colonizado. El poema de Nourbese Philip «Discourse on the Logic of Language» se extiende sobre cuatro páginas y mezcla la poesía con informes científicos, edictos sobre la censura de esclavos y esclavas, y una prueba de «multiple choice» sobre definiciones del concepto «lengua» (todas las definiciones son acertadas). En la primera y tercera página aparecen los dos extractos de arriba, cada uno de ellos escrito verticalmente en el margen izquierdo de las páginas. Para leerlos es necesario girar las páginas y, de tal manera, acceder a una de las múltiples voces que constituye este mosaico poético: la voz materna. El hecho de que esta voz llega desde los márgenes y de forma vertical, a través de una genealogía materna, relaciona el poema de Nourbese Philip

* Universitat Rovira i Virgili. Tarragona.